Emilia Bertolé

EL VIAJE

Este es el barco que espero desde niña.
Y el mar, cuyo sabor aún no conoce mi boca madura.
Me ciñen apretados adioses
y en el aire, detenida, se ha quedado mi mano desnuda.
El cielo va tomando el color de los cielos
que he mirado entre sueños,
cuando apagan el paisaje los velos grises de la lluvia.
Un hombre se inclina para tomarme entre sus brazos,
blando puente piadoso en el que apoyo, sumisa,
mi sien húmeda.
Barquero que ya tiene la misteriosa orden,
para que la travesía se cumpla.
Voces me nombran para retenerme;
mi corazón dormido ya no escucha.
Este es el barco, amigos, que espera desde niña
la mujer fatigada que no ha viajado nunca.

NOCTURNO

Oscurece, tu voz me llega
como el rumor de la noche misma.
I tus ojos, que han contemplado todos los paisajes de la tierra
viajan ahora por mis sienes tibias,
por mi boca madura, ávida de conocer qué misterioso cielo
te oculta mi sonrisa.

Te escucho i siento cómo, a pesar mío,
tus palabras me invaden, lianas estremecidas.

Estoy así, frente al sutil acecho
de tus palabras i de tus pupilas,
lleno el pecho de luna i de un oscuro anhelo,

vacilante, perdida…

Alma, dame la deslumbrante zona sin frontera
de tu silencio i de tu fantasía.
Alma, clara columna, en la que aún se apoya
desgarrada, mi vida.

MIS MANOS

Mis manos, ciertas veces,
dan la rara impresión de cosa muerta.

Palidez más extraña no vi nunca;
marfil antiguo, polvorienta cera,
y en el dorso delgado y transparente
el turquesa apagado de las venas.

Carne que bien podría
si la rozara una caricia ardiente,
deshacerse en ceniza
como esas flores frágiles y tenues
que en el fondo oloroso de los cofres
en fino polvo ámbar se convierten.

¿En qué siglo remoto florecieron
estas dos pobres rosas extinguidas?
¡Un milagro, sin duda, las conserva
aquí, sobre mi falda todavía!

VERSOS A LA NOCHE IMPOSIBLE

Más allá
de este cielo de chimeneas
está la noche,
pienso inmóvil i tensa.
No la noche sofisticada,
de la ciudad ebria;
turbia del aliento de los hombres i de sus huellas;
sino la alta, pura,
profunda noche verdadera.
La siento aquí, en mi pecho sofocado,
como una presencia.
En el latido de mi sien,

en la ruta violeta de mis venas,
su soplo antiguo crece,
desesperada sed en mi boca que tiembla.
Con qué dolor oigo cómo me nombra el viento
más allá de las paredes que me cercan!
Con qué amargo delirio le echo llave a la puerta!